

POEMA FILOSÓFICO IV

Se dice que Denise Diderot,
uno de los ilustrados más críticos e inteligentes
que registra la historia,
asentaba que el **idealismo subjetivo**
-y añadiría yo: también el **solus ipse**¹,
su hermano incómodo,
que es una suerte de **autismo filosófico**
saturado de soberbia-,
siendo una de las aberraciones
más escandalosa que ha logrado inmiscuirse
en el cerebro,
deviene una de las posiciones teóricas
más difíciles de debatir
y arrastrar, jalándola de los cabellos,
al sitio del cesto de la basura
que le reserva la historia.

¹ El solipsismo.

Para el subjetivista, como Berkeley,
Fichte o el empirismo lógico,
el sujeto y el objeto están amalgamados
con el amoroso engrudo de lo inseparable
o constituyen las bodas a perpetuidad
de una unidad de contrarios².

Para él, si pasa por su mente la idea de la separación
del *ego* y el *mundo circundante*
la intuye como uno de los sinónimos
de lo imposible, de lo “no me cabe en la cabeza que...”
o de ese juguete averiado y sin compostura
que es lo absurdo.

Para coadyuvar a la crítica
y ubicación adecuada de este dislate filosófico,
como otros,
en la galería de los más importantes vestiglos
de la cogitación humana,
he sugerido

² O “correlación de principio”, al decir de R.Avenarius.

emplear un método
que nos permita dar con las flores del mal
sin andarse,
pepenando defectos marginales,
por las ramas.

Este método,
al que he denominado
la Focalización de las consecuencias implícitas,
no es un catalejo que le meta zancadillas a la distancia
y deje que los ojos mordisqueen
las partes endulzadas de la lejanía.

Ni es un caleidoscopio
en que podamos hacer un florilegio de estrellas
o una antología de pedazos de cielo.

Con él se trata de imaginar
cómo sería el “mundo”
-y el puesto de los humanos en él-
de acuerdo con una filosofía determinada
-digamos: el *idealismo subjetivo*.

Es un método que intenta ver el revés de la trama
de en un estrambótico disparate
que no tiene ni pies ni cabeza.

Cierto es que alguien, feligrés del realismo,
puede decirle a este tipo de pensadores:

“en el camino, la avalancha de piedras
obstruyó la comunicación
entre San Pedro y San Blas...

o el hombre se ahogó

ante el estupor de los peces...

o el báculo también se va encorvando
al correr de los lustros...

o -de manera más culterana-

el árbol proporciona tanto la percha

en que coloca sus ropas la impudicia,

como la suave y fresca sombra

donde tiene lugar el rítmico crescendo

del bendito pecado

que genera el solaz de todo el bosque...

o, en fin, el descontento social corta cartucho cuando la raya de mercurio del termómetro se encarama a los pináculos del delirio”...

Eso es dable decir y mucho más.

“Pero eso que musitas -arguye

el idealista subjetivo- no significa

que todo ello ocurra

en los andurriales malolientes o bienquistos

del *afuera*

o que yo esté dispuesto a prescindir

de la crónica puntual de lo que miro

y siento que engendra mi retina.

Todo lo enumerado en tus decires,

yo -este yo que es lo que tengo más a mano-

puede sin dificultades someterlo a registro

-porque ¿recuerdas? el hombre es la medida de las cosas-

Si alguien dolosamente intenta arrinconarme

diciéndome:

‘pero tú no existías, oh filósofo,

antes de que la libido paterna
contrajese nupcias con el ovario,
abierto y complaciente, de tu madre;
y, aún más, tampoco eras
antes de que aparecieran
los homínidos y el *homo sapiens*,
o pisotearan los charcos y el lodo
del universo mundo
animales torpes, en la fase jurásica
de lo ido'.
Yo, sin arredrarme, proclamo:
"sí, mi mente captura,
con claridad meridiana,
de lo que se me está hablando,
pero ni modo, para mí,
lo primario, lo indubitable,
lo que no tiene vuelta de hoja,
lo que carga en hombros la más pesada de las evidencias,
es lo que, independientemente
del tiempo en que se dice que esos hechos

tuvieron lugar,
surge, vive, se arraiga en el *ahora*,
íntimo,
seguro,
de mi conciencia.
Lo primario, lo indudable”.

A diferencia de la *crítica* filosófica³
cuya intención es demostrar
los errores de una teoría
con la certeza de arrojarla con tal demostración
al cadalso de lo agonizante
y aplaudir la productividad destructora
de la guillotina,
este, mi método, consiste
en no poner en entredicho el dislate,
sino darle por su lado,
respetar los delirios del subjetivista,
y todo ello como preámbulo para hacer

³ El criticismo kantiano, la “crítica de la crítica crítica” del joven Marx o la Teoría crítica de Horkheimer.

la fidedigna descripción
de cómo sería el mundo,
cómo,
con todo lo que existe
(si es que existe)
arrancado,
inferido
de los velos sintácticos
o de los jeroglíficos en que viene envuelta,
hasta lograr que se presente a los ojos parpadeantes
de nuestra imaginación
con la plena desnudez de lo que implica.

Supongamos que tenemos la oportunidad exquisita
de introducirnos por un momento
en la mente de un filósofo
que asegura que el *esse est percipi*⁴
o que el *noúmeno*⁵ se oculta en los escondrijos
de su incognoscibilidad,

⁴ *El ser es lo percibido*. Teoría del obispo George Berkeley.

⁵ *La cosa en sí*. Teoría de Emmanuel Kant.

son tan evidentes como un axioma...

y que observa, desde un balcón,

un hermoso y variado paisaje .

¿Qué advertimos ahí?

Un sendero que, bordeado por la maleza,

y un sinnúmero de flores que pugnan por atisbar

el desfile del polvo en el camino,

un perro tirando tarascadas a una mariposa,

una cabeza degollada de muñeca

por donde se introduce una oleada

de tres dígitos de hormigas,

una peluca raída que fue

la manzana de la discordia

del manicomio...

Si salimos enseguida de la mente del pensador,

contemplamos que el paisaje que ahora vemos

es idéntico o más o menos igual al que teníamos

al hallarnos al interior del filósofo.

Pero si éste se desvaneciera,
perdiese el sentido
o de plano expirara,
el paisaje visto desde el balcón
se esfumaría, ay,
con todos sus integrantes.

¿Por qué ocurriría esto?

Porque siendo el *esse* de las cosas

la *percipi*

-y a las espaldas de las imágenes aprehendidas
no hay ningún soporte ontológico-,
los entes se anularían de golpe
como si todo lo columbrado padeciera una insólita
abducción de la nada
haciendo que el paisaje desapareciera
como si nunca hubiere existido.

Pero no. Porque según nuestro

filósofo subjetivista,

todos los hombres y mujeres, y no sólo él,

están *programados* de modo tal
que en ellos el *ser*, no es una *cosa en sí*,
un *afuera* independiente,
un infinito por los cuatro costados,
sino que se identifica con la *percepción*,
lo cual,
si la lógica nos pone buena cara
y nos da en préstamo una de sus brújulas,
nos revela que,
aun suponiendo que nuestro subjetivista
desapareciese y el mundo percibido por él
fuera tras de sus huellas,
la realidad sería sustituida de golpe y porrazo
por la creatividad ontológica de los otros sujetos.
Si todos los humanos, todos,
murieran simultáneamente,
entonces sí la realidad exterior,
lo transfenoménico,
lo que hace acto de presencia
por las virtudes gestativas de la mente,

desaparecería de pronto,
todo él,
sin excepciones,
sin dejar un granito de materia
nadando de muertito
en el ámbito imperturbable de la nada.

Si el subjetivista es religioso,
y además Obispo⁶,
se vería obligado a cogitar que,
puesto que el *esse* depende de la *percipi*,
ergo (y la inferencia es aquí tan implacable
como la luz mañanera que saca a codazos
a las sombras de mi alcoba),
el proceso de la creación
sería *Dios...Hombre...Naturaleza*
o sea que, si el Rey de Reyes
sería el creador de los humanos,
éstos devendrían los creadores de la naturaleza

⁶ George Berkeley, obispo de Cloyne, nació en Irlanda en 1685.

y...también que si los hombres y mujeres desaparecieran,
la naturaleza
-que tiene como su manantial generativo
la *percipi* de las criaturas-
se esfumaría sin dejar ni el rastro de un humillo
evanescente
dejando a Dios sólo y su alma, acompañado
tan sólo por su sola soledad absoluta.

(La madre de Berkeley, diré entre paréntesis,
no fue una madre imaginaria o ficticia
-lo cual ocurriría si Berkeley no abjurara del solipsismo-
sino una persona tan real como su hijo.

Cuando infante, George no creía que sus juguetes
fueran sólo síntesis de sensaciones,
sino que el carrito,
el payaso de tela y las canicas
estaban *fuera de él*.

Cuando tenía hambre, el seno de su madre,
las manzanas, los plátanos o el pastel,

no los consideraba una proyección subjetiva
que él percibiera “como si” fuera algo real,
sino que parecían haber tenido
un “pacto de sangre” con la evidencia.

Berkeley niño era realista,
realista ingenuo si se quiere,
pero realista.

Mas un día, ya grande, “descubrió”
-impulsado por “razones” religiosas
que no voy a tratar ahora-
que todo lo que lo rodeaba
carecía de existencia real
-esa supuesta realidad extramental
captada, como imagen, en la percepción-,
sino que era tan sólo una apariencia,
dado que,
si se elimina la causa externa de lo percibido,
queda como única realidad...lo representado).

El idealista subjetivo

sería la criatura que, al engendrar
involuntariamente
los cataclismos de la naturaleza y la humanidad
haría el trabajo sucio de Dios.

Para focalizar de manera más nítida
cómo sería la realidad si el subjetivismo
-ese coupe d'État del yo
a lo largo y lo ancho del cerebro-
fuera el fiel reflejo de lo que acontece,
insisto, volviendo sobre mis huellas,
en que posee el extraño carácter
de que, aunque el subjetivista,
al ver la luz, nace
a un mundo que en apariencia
preexiste a su advenimiento,
tal *esse*,
realidad,
mundo,
naturaleza

o colección de cosas que se acomodan
en el *afuera*, existen
porque hay un ser, el humano, que ha nacido
con la capacidad de “poner” la realidad
en y por la *percipi*.

En tal situación,
lo que se halla *afuera* sin comillas
debe ser sustituida por
un “afuera” con comillas,
lo cual quiere decir
que lo normalmente considerado
como *exterior* al individuo ,
lejos de existir como tal
aparece como quimera,
ilusión sin tren de aterrizaje,
sueño inmune a los pellizcos
con los que preténdese despertar
y que son como estériles picotazos
de un gallo mañanero.

Si el *afuera* y su incontable número de cosas
no existe,
entonces sólo hay
un descomunal *adentro*.
Pero no un adentro uniforme,
sino dividido en un adentro clave
(o sea el espíritu personal
moldeado por la primera persona
de singular individualismo)
circundado en su interior
por un ilusorio *afuera* colosal
que, constituido por sensaciones y percepciones,
integra el abigarrado mundo
de “entes” que llamamos naturaleza.
Pero la concepción del mundo
que se deriva del *esse est percipi*
no termina ahí,
en ese borrón sin cuenta nueva
de lo externo.
Si la percepción “pone” el ser,

o la naturaleza,
también “pone” el cuerpo del sujeto pensante,
que es parte de la naturaleza.

Y es que el cuerpo, como la manzana,
el ropero de la abuela
o la Sierra Madre Oriental,
es una “síntesis de sensaciones”.

El cuerpo, la exterioridad más próxima,
más a la mano,
no tiene la menor realidad;
percibirlo,
escudriñarlo,
es como hacer la ontología de un suspiro.

Cada subjetivista es el inconsciente titiritero
del ser, demiurgo de las leyes naturales,
el que hace de lo *imposible*
el *modus operandi* de su cotidianidad.

Mas hay un caso peor:
el idealista subjetivo extremo.

Para él no únicamente
el fundamento de la *fisis*
está en *lo percibido*,
sino también los *otros*
-nuestros hermanos, nuestros semejantes-
con lo cual el *esse est percipi*
lleva en sus entrañas
el *solus ipse*.

El solipsista, si es que existe,
es un manufacturero de fantasmas.

Busco una metáfora para que el lector intuya
la concepción filosófica que dice mantener
la concepción subjetivista

y doy con ésta:

Berkeley no tuvo la fortuna
de conocer el cinematógrafo,
un local donde una cámara de cine
proyecta en una pantalla
-cuadriculando por un momento la existencia-

una película,
una ficción que pone frente a nosotros
-no el teatro donde relampaguea una imaginación
de indescriptible talento persuasivo-,
sino una realidad o una vida o una historia
que tomamos por cierta hasta el último detalle.

Para nuestro filósofo, el individuo
es una especie de aparato cinematográfico
del cual brotan las imágenes
que revolotean en la pantalla.

Es como un ***homo cinematograficus***
que, por decirlo así, saca de sus entrañas
la fluencia de un relato.

Quitemos, por método, la sala de cine,
el conjunto de espectadores
y el camarógrafo que maneja el aparato
y quedémonos tan sólo con dos elementos:
el proyector cinematográfico y la pantalla
donde un haz vibrátil luminoso

proyecta una realidad inequívoca:
mares, árboles, colinas, casas,
nubes, polvo itinerante, mascotas.

En la obra filosófica fundamental
de Juan Teófilo Fichte⁷,
pese a un “virtuosismo conceptual” deslumbrante
y a la influencia de la epistemología kantiana
-atmósfera en que decenas de pulmones
de aquella época
aprendieron a respirar-,
se puede entrever como antecedente,
prehistoria,
barrunto,
la borrosa imagen
o el esbozo que logra revelarse contra la voz de mando

⁷ Uno de los tres grandes postkantianos, junto con Schelling y Hegel. Su obra filosófica fundamental es *Los fundamentos de la teoría de la ciencia*.

de los manchones de lo imperceptible,
el idealismo subjetivo
del Obispo de Cloyne.

Para ambas las cosa en sí no existe,
es producto de esa ingenuidad pretenciosa
que asegura que nos envuelve una naturaleza
consistente,
real,
vivita y coleando.

Pero el *Yo* no es un islote
lamido por las olas del afuera
por los lengüetazos del infinito
o por una exterioridad con pretensiones
de ser el universo
donde los finitos nacen, se desarrollan
y entran a la trituradora inexorable
del olvido.

Nada hay antes de un *Yo*
que, por el solo hecho de ser,

se rodea

-arriba, abajo, a izquierda y a derecha-
de su correlativo *No yo*.

El *Yo* que da a luz el *No yo*
puede ser visto como una “divinidad”,
aunque venida a menos y andrajosa
espiritualmente.

Divinidad porque tiene como profesión,
por así decirlo, la *creatio ex nihilo*.

El *No yo* no preexiste al *Yo*,
sino que es su criatura.

Apenas abre, con sus ojos, la conciencia
el *Yo* “pone” a su antípoda
y por complejo, variado y rico
que se nos antoje
el *No yo* es tan sólo su apéndice.

Si el *No yo* fuera el escondite
de la *cosa en sí*,
el *Yo* descendería a la mediocre criatura

del *ecce homo*

Diferencia importante
entre el subjetivista irlandés
y el alemán
es el ateísmo de éste.

Para Fichte un Dios
tenía que ubicarse forzosamente
en el *No yo*,
en el afuera del sujeto:
pero el *No yo*,
todo él
-desde lo inconmensurable
hasta la minucia que, parpadeando,
se hace ojo de hormiga-,
depende del *Yo*.

Por eso habla Fichte
de la unidad indisoluble
del *Yo* y el *No yo*
a la que, curiosamente,

nomina *Yoidad pura*.

Fichte dice que:

o se afirma que el *No yo* precede y funda

al *Yo* -y nos encajonamos

en el naturalismo-

o el *Yo* precede y funda al *No yo*

-y nos definimos como espiritualistas.

Antes había proclamado:

“el tipo de filosofía que se escoge

depende del tipo de hombre que se es”.

Fichte está convencido.

lo repetiré,

de que el *Yo* es el soporte, el *grund*,

la conditio sine qua non del *No yo*.

Asomémonos al caleidoscopio de su filosofía

y veamos por qué.

El concepto de *yoidad pura* de Fichte

tiene un cierto aire de familia

-algo más que un vientecillo

que caminara de puntitas-

con la noción kantiana

de *sujeto trascendental*.

Éste no sólo es el sujeto empírico,

el que filosofa,

el que se truenan los dedos mirando hacia el firmamento,

el que se sube a los naranjos

cargando sin pudor en la mano derecha

sus malas intenciones

o la muchacha que pretende pescar con su cazamariposas

un *hai ku* que vuela distraído

por el aire,

no,

el sujeto trascendental

es todo sujeto posible:

cualquier individuo que, al correlacionarse

con su *fenómeno*

-tras de arrojar la *cosa en sí*

al precipicio de lo incognoscible-,

carga a cuestas

la *formas a priori de la sensibilidad*⁸,

los conceptos y las categorías del entendimiento

y además se interna, con todo su equipaje,

en el campo minado de las antinomias⁹.

es un sujeto trascendental

hállese donde se halle,

lo mismo en Königsberg

que en la estrella Aldebarrán,

cara a Unamuno.

Si el *fenómeno* de Kant

es la *cosa para mí*

-moldeada por mis eidéticas capacidades

escultóricas-

y sin *mí*,

sin la matriz ontológica que cargo,

es presa

de la voracidad sin freno

⁸ El espacio y el tiempo.

⁹ Donde tanto vale decir que el universo es finito o infinito en el espacio y en el tiempo, ya que ambas expresiones no se hallan avaladas por la experiencia.

de lo enigmático,
el *No yo* (la naturaleza),
llevando a sus límites el proceso de subjetivación,
cede su autonomía,
entra en negociaciones con la nada
y se torna el apéndice negativo
del *Yo*.

El *Yo* de la *Yodad pura*
tiene visos de demiurgo,
gestos y desplantes de deidad.

(Continuará).

